



Qué han dicho los Padres de la Iglesia

San Agustín de Hipona.
Sobre la doctrina cristiana

Agustín de Hipona
SOBRE LA DOCTRINA CRISTIANA

[AGUSTÍN DE HIPONA, *Sobre la doctrina cristiana*, en: BALBINO MARTÍN PÉREZ, OSA, *Traducción, Obras completas de San Agustín XV*, Madrid: BAC 163, 1957]

LIBRO II

CAPÍTULO I

Qué es y de cuántas maneras es el signo

1. Al escribir el libro anterior sobre las cosas, procuré prevenir que no se atendiese en ellas sino lo que son, prescindiendo de que, además, puedan significar alguna otra cosa distinta de ellas. Ahora, al tratar de los signos, advierto que nadie atienda a lo que en sí son, sino únicamente a que son signos, es decir, a lo que simbolizan. El signo es toda cosa que, además de la fisonomía que en sí tiene y presenta a nuestros sentidos, hace que nos venga al pensamiento otra cosa distinta. Así, cuando vemos una huella, pensamos que pasó un animal que la imprimió; al ver el humo, conocemos que debajo hay fuego; al oír la voz de un animal, nos damos cuenta de la afección de su ánimo; cuando suena la corneta, saben los soldados si deben avanzar o retirarse o hacer otro movimiento que exige la batalla.

2. Los signos, unos son naturales, y otros instituidos por los hombres. Los naturales son aquellos que, sin elección ni deseo alguno, hacen que se conozca mediante ellos otra cosa fuera de lo que en sí son. El humo es señal de fuego, sin que él quiera significarlo; nosotros, con la observación y la experiencia de las cosas comprobadas, reconocemos que en tal lugar hay fuego, aunque allí únicamente aparezca el humo. A este género de signos pertenece la huella impresa del animal que pasa; lo mismo que el rostro airado o triste demuestra la afección del alma, aunque no quisiera significarlo el que se halla airado o triste; como también cualquier otro movimiento del alma que, saliendo fuera, se manifiesta en la cara, aunque no hagamos nosotros para que se manifieste. No es mi idea tratar ahora de este género de signos; como pertenecen a la división que hemos hecho, ni pude en absoluto pasarlos por alto, pero es suficiente lo que hasta aquí se dijo de ellos.

CAPÍTULO II

De la clase de signos que se ha de tratar aquí

3. Los signos convencionales son los que mutuamente se dan todos los vivientes para manifestar, en cuanto les es posible, los movimientos del alma como son las sensaciones y los pensamientos. No tenemos otra razón para señalar, es decir, para dar un signo, sino el sacar y trasladar al ánimo de otro lo que tenía en el suyo aquel que dio tal señal. De esta clase de signos, por lo que toca a los hombres, he determinado tratar y reflexionar ahora; porque aun los signos que nos han sido dados sobrenaturalmente y que se hallan en las santas Escrituras, se nos comunicaron por los que las escribieron. También los animales usan entre sí de esta clase de signos, por los que manifiestan el apetito de su alma. El gallo, cuando encuentra alimento, con

el signo de su voz manifiesta a la gallina que acuda a comer; el palomo con su arrullo llama a la paloma, o, al contrario, ella le llama; existen otros muchos signos de esta clase que pueden y suelen notarse. Es una cuestión que no atañe al asunto que tratamos si estos signos, como por ejemplo el semblante y el quejido de un doliente, sigan espontáneamente el movimiento del alma sin intención de significar, o se den ex profeso para significar. Como cosa no necesaria, la omitiremos en esta obra.

CAPÍTULO III

Entre los signos, la palabra ocupa el primer lugar

4. De los signos con que los hombres comunican entre sí sus pensamientos, unos pertenecen al sentido de la vista, otros al del oído, muy pocos a los demás sentidos. Efectivamente, al hacer una señal con la cabeza, solamente damos signo a los ojos de la persona a quien queremos comunicar nuestra voluntad. También algunos dan a conocer no pocas cosas con el movimiento de las manos: los cómicos, con los movimientos de todos sus miembros, dan signos a los espectadores, hablando casi con los ojos de los que los miran. Las banderas e insignias militares declaran a los ojos la voluntad del jefe, de modo que todos estos signos son como ciertas palabras visibles. Los signos que pertenecen al oído, como dije antes, son mayores en número, y principalmente los constituyen las palabras; la trompeta, la flauta y la cítara dan muchas veces no solamente un sonido suave, sino también significativo, pero toda esta clase de signos, en comparación con las palabras, son poquísimos. Las palabras han logrado ser entre los hombres los signos más principales para dar a conocer todos los pensamientos del alma, siempre que cada uno quiera manifestarlos. El Señor dio un signo del olfato con el olor del ungüento derramado en sus pies. Al sentido del gusto también le dio un signo con el sacramento de su cuerpo y sangre comido por Él de antemano, con el cual significó lo que quiso hicieran sus discípulos. También al sentido del tacto le dio un signo, cuando la mujer, tocando la orla de su vestidura, recibió la salud. Pero la innumerable multitud de signos con que los hombres declaran sus pensamientos se funda en las palabras, pues toda esta clase de signos que por encima he señalado los pude dar a conocer con palabras, pero de ningún modo podría dar a entender las palabras con aquellos signos.